

Juan Bosch: un hombre del pueblo

Por Graciela Leticia RAYA ALONSO*

QUIENES CONOCIERON a Juan Bosch aún recuerdan sus manos grandes y fuertes, y su mirada penetrante y azul. Su vida refleja la integridad de un hombre de lucha, forjado sobre la reflexión de un pasado impregnado de muerte, pobreza y desolación, pero también de vida, riquezas y esperanzas.

Historia y tradición confluyen en los escritos de este ilustre dominicano en los que el pueblo ocupa el papel principal. Es mi intención hablar de la visión de pueblo en Juan Bosch: noción que construye imaginariamente y fundamenta históricamente. Parto del supuesto de que para el *Profesor*, como le decían sus amigos, el pueblo dominicano nunca fue un ente abstracto, sino que estaba conformado por hombres y mujeres que con su trabajo diario, con sus creencias, con su vida misma infundían a su país el vigor y la fuerza que él admiraba. Tal concepción concreta del pueblo era resultado del complejo y contradictorio entramado de dos ámbitos: una subrepticia proyección psíquica de sus valores personales, ideales y visión de futuro, es decir, una construcción de raigambre imaginaria que establecía vasos comunicantes con su proyecto literario; y una conformación sociohistórica concebida a partir de una amplia base documental, que en cuanto tal constituía la parte nuclear de su proyecto político. Para dar respuesta a esta problemática primero he de explicar el significado del término *construcción imaginaria* y luego aclararé quién es el pueblo para Juan Bosch.

Por construcción imaginaria me refiero al proceso de hacer surgir lo que aún no existe, apoyándonos en lo que se “es” en el presente para construir lo que queremos “ser” en el futuro. ¿Qué significa esto? El filósofo grecofrancés Cornelius Castoriadis decía que la imaginación era el origen de lo que podía ser pensado y representado. La imaginación condensa el constante fluir de dos vertientes interdependientes e inseparables: *imaginación radical* e *imaginario social*. La primera vertiente está conformada por la serie de procesos que individual e inconscientemente realizamos tanto para explicarnos, al trasluz de nuestros recuerdos, lo que llanamente consideramos *realidad*, emociones y experiencias, como para crear nuevas representaciones de aquello que sin sernos desconocido nos parece que puede ser diferente. La

* Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <lekope7@yahoo.com.mx>.

segunda es la expresión anónima de significaciones comunes para una sociedad en un determinado momento histórico, pero también es la manifestación de los anhelos o deseos de esa sociedad; es la posibilidad de cambio que se gesta al interior de la comunidad y se hace presente a través de actos o palabras aceptadas y reproducidas en conjunto. De hecho entre la imaginación radical y lo imaginario social se da la interfaz de lo individual a lo colectivo y viceversa.

La conjunción de representaciones individuales y significaciones colectivas son designadas por Castoriadis como *imaginario radical*, término indefinible —constituido por elementos intangibles que conceptualmente llama *magma de significaciones sociales*— porque desde la racionalidad occidental no es posible definir lo que aún no existe, lo indeterminado. Se trata de procesos intelectivos que bullen constantemente al interior de cada uno de nosotros y que como parte de una sociedad expresamos cotidianamente, de tal forma que somos emisores y receptores de normas de conducta, valores morales y un lenguaje que nos identifica y que permanentemente se reactualiza, sea para reafirmar o para transformar nuestra percepción de la realidad, lo que implica que las sociedades no son estáticas ni están determinadas por su pasado.

Los supuestos teóricos de Castoriadis, antes enunciados, me permiten pensar a Juan Bosch a partir de su trayectoria personal y seguir las huellas que configuraron su imaginación radical. La infancia de Bosch transcurrió en La Vega, incipiente ciudad comercial que a principios del siglo xx pertenecía geográficamente a la región del Cibao,¹ una zona predominantemente agraria. Sus padres, un catalán y una puertorriqueña, le inculcaron el amor a la patria que los había acogido, así como su afición a las artes y la literatura; debemos recordar que la familia es la primera en transmitir valores y creencias y que Bosch fue un dominicano de primera generación. Paralelamente, debemos considerar que Bosch fue educado bajo los lineamientos de un sistema escolar que postulaba que la educación debía tener una base racional y científica fundada en principios morales, y en el que a los alumnos se les enseñaba un oficio, al tiempo que se les inculcaban valores morales, sociales y patrióticos. Estas dos circunstancias particulares en la vida de Bosch se enmarcan en un momento histórico caracterizado por la

¹ El Cibao se considera el centro geográfico de la nación dominicana, es su región más fértil y productiva. Cuenta con grandes yacimientos de oro, hierro, níquel y otros minerales. Ocupa la parte central del país que corresponde a las ciudades de Santiago, Monseñor Nouel, Duarte, Espaillat, La Vega, Sánchez Ramírez Salcedo.

lucha entre caudillos, por las llamadas “revoluciones montoneras” y por la primera invasión militar norteamericana.

¿Qué ideas, qué sentimientos, pueden generarse en la mente de un niño que vive un ambiente cargado de violencia, muerte y pobreza? ¿Cómo podría explicarse la realidad un niño influido por la fantasía de sus primeras lecturas? Fantasía y realidad se entremezclaban ante la muerte y la desesperanza —recordaba—, sólo podía desear que apareciera alguien que, como Pancho Villa, enfrentara a los invasores, a todos aquellos sembradores de muerte. Sus escritos de infancia dan cuenta de sus miedos y anhelos, sus primeras identificaciones constituyen la raíz de su imaginario radical. En estos recuerdos, emociones y experiencias encontramos su representación inicial del pueblo.

Si esto pasaba en la mente de un niño, qué pasaba al interior de la sociedad, es decir, ¿cuál era el imaginario social de la época? A inicios del siglo xx República Dominicana se encontraba inmersa en luchas fratricidas a las que los caudillos locales arrastraban al pueblo. La invasión norteamericana generó la expropiación de tierras. El aparente auge económico que la Primera Guerra Mundial había provocado da paso a la crisis de 1921. Se fundó la Policía Nacional. . . Desempleo, muerte y miseria son parte de la vida cotidiana, la población se volvió huraña y desconfiada; ante la violencia se mantuvo latente el deseo de encontrar un salvador, alguien que tuviera la fuerza para terminar con las luchas intestinas, recuperar la paz y volver a cultivar las tierras, a generar trabajo, a vivir nuevamente como una comunidad unida y solidaria. Estos deseos y anhelos van a impregnar anónimamente el ambiente y en su conjunto van a expresar el imaginario social del pueblo dominicano.

Ambas visiones confluyen hacia un mismo punto, la necesidad de encontrar un salvador. El magma de significaciones sociales se encauzó hacia la búsqueda de ese ser, y llevará a la sociedad a creer en la existencia de una persona que encarnaba aquello que buscaba. En el caso particular de Juan Bosch lo llevarán a tomar conciencia de sí mismo, a identificarse con el sentir del pueblo. Por lo que ahora resulta pertinente dar respuesta a la segunda pregunta planteada al inicio del texto: ¿quién es el pueblo para Bosch?

El pueblo de carne y hueso al que Bosch siempre hizo referencia estaba conformado específicamente por los campesinos de principios del siglo xx a quienes había conocido en su infancia y que quizá le contaban historias mientras su padre mercaba con ellos. Seguramente Bosch los observaba atentamente y ellos le devolvían la mirada; en su memoria los evocaba discutiendo el precio de sus productos, calculan-

do sus cuentas, argumentando, defendiéndose... Éste es, en primer lugar, el pueblo al que alude Bosch, al que reconocía su lucha por la justicia social, de él retoma su sentido de comunidad, la franqueza e ingenio, el arrojo, el carácter decisivo, la capacidad de sacrificio y de trabajo, la actitud abierta que no claudicaba ni siquiera ante una vida precaria y llena de necesidades.

Ese primer encuentro con el pueblo marcaría su vida y su obra literaria en la que los lectores quedan atrapados en un mundo por momentos desolador, pero entrañable. En sus cuentos encontramos al campesino bondadoso, dispuesto a abrir su puerta al caminante, a brindar comida al hambriento; a los hombres duros y callados curtidos en el trabajo diario, que un día habían recibido fraternalmente a sus padres. A través de la escritura Bosch dignificaba y engrandecía a ese pueblo que le enseñaron a amar al tiempo que mostraba su indignación ante la miseria e ignorancia en que se encontraba inmerso. Por contraste, el hombre ciudadano aparece débil y mezquino, doblemente ignorante al desconocer la riqueza del campo y la grandeza de la gente que vivía en él. Entre líneas se asoma tanto su necesidad de llevar luz a ese campo lleno de oscuridades, como el conflicto que existía entre el pueblo idílico que nutría las páginas de sus libros y el pueblo real que, como parte de la política agraria de Trujillo, tenía que enfrentarse a la expropiación de sus tierras.

Por algún tiempo la vocación educativa de Bosch encontró cauce en la escritura y le permitió crear un lenguaje que, en principio, rompía las fronteras entre las clases letradas y las clases populares. La literatura será, sobre todo, el instrumento que le permitirá hacer tangible lo intangible, sentar las bases de un imaginario social. Sus escritos literarios retrataban la situación del campo y la problemática de su gente como expresión de su sensibilidad social, mientras esquivaba astutamente la censura política de un régimen que comenzaba a acorralarlo. Pero él sabía que la única forma de traspasar la línea que lo separaba del pueblo que existía fuera de sus libros era enseñar con actos lo que estaba detrás de sus palabras. Eligió el autoexilio como forma de defender su derecho a la escritura.

De 1938 a 1961 su obra y su vida constituyen un todo armónico. Salir de su patria le permite superar su propio regionalismo y, desde esa nueva posición, descubrir la existencia de una problemática común a los pueblos latinoamericanos: miseria, ignorancia, dependencia... problemática que sólo puede ser superada mediante la educación. En adelante sus escritos tendrán un nuevo propósito: educar al pueblo, por lo que Bosch se convierte en un agente transformador de la reali-

dad. En este momento su proyecto literario se entremezcla con un proyecto político que implica el inicio de la construcción imaginaria de la identidad del pueblo dominicano.

Durante mucho tiempo Bosch había idealizado el pasado y creía firmemente que lo mejor del pueblo dominicano se encontraba en sus raíces, es decir, en los hombres del campo, cuyos valores habían sido transmitidos a lo largo de generaciones. A su entender, los campesinos representaban la esencia no corrompida del ser dominicano, por consiguiente, en ellos estaba la clave para construir una nueva sociedad, para imaginar un pueblo que superara los rencores de clase para salir de la ignorancia y de la pobreza material y espiritual en que hasta ese momento vivía. Mas sus cuentos no son simplemente el reflejo de un pasado idealizado, son parte de un proyecto de vida motivado por un afán pedagógico y social. Su faceta literaria está marcada por una necesidad de reivindicar y hacer justicia al pueblo que subsistía bajo las apariencias urbanas. Su obra literaria recrea imaginariamente un mundo en el que muchos podían reconocerse, identificarse.

Así, su obra va a reflejar su propia praxis histórica, que lo llevará a transformar el mundo transformándose a sí mismo. Como hombre construía su propia historia, como intelectual reflexionaba sobre el pasado de su país en un intento por materializar una sociedad libre y solidaria, que participara activamente en su transformación.

La muerte de Trujillo pondrá a Bosch en la disyuntiva de continuar por la senda de la literatura —manteniéndose como un intelectual crítico de la problemática política y social de República Dominicana— o decidirse a incidir activamente en la transformación de su país. Fiel a sí mismo, y obedeciendo a sus principios éticos de justicia, *pretendió* abandonar la literatura para enfocarse por completo a la construcción de un proyecto político.²

Tras veinte años de exilio Bosch regresó a un país en el que bien podía ser considerado extranjero, sin embargo, su pueblo no le era ajeno en absoluto, se sentía profundamente unido a él. Sus impresiones personales, aunadas a la construcción literaria que durante todo ese

² En determinado momento de su vida, Bosch expresó su decisión de abandonar la literatura para dedicarse a la política, lo que para algunos estudiosos de su obra representa una ruptura; en mi opinión sólo quería plantear la seriedad de su decisión de incidir en el campo político: “No es cierto que la política perjudique a la literatura, lo que ocurre es que la política es una actividad a la cual hay que dedicarle todo el tiempo y la literatura también es una actividad a la que hay que dedicarle todo el tiempo [...] de manera que para realizar la actividad literaria y la actividad política al mismo tiempo, cualquiera de las dos es excluyente de la otra”, Juan Bosch citado por Sergio Ramírez, “Prólogo” a Juan Bosch, *Cuentos más que completos*, México, Alfaguara, 2000.

tiempo había hecho del pueblo, se afianzaron a su regreso y, al mismo tiempo, encontraron un nuevo cauce cuando en plena madurez volvió a recorrer ese campo que por sus características no terminaba de convertirse en ciudad. Rasgos de marginación y pobreza se entremezclaban con las nuevas vías de comunicación, con la industria, con el aparente progreso económico de República Dominicana.

En la década de los sesenta comienza a construir discursivamente su imagen política del pueblo, en la cual sus lecturas infantiles, sus experiencias de niño, hasta cierto punto privilegiado, son concientizadas y concretadas en un proyecto político. Desde esta nueva perspectiva vital y política, pero siempre teñida de nostalgia, replantea los problemas sociales que, a su entender, habían minado la fuerza del pueblo. Primero al ser sometido durante la conquista, después al interrumpir su desarrollo ante la imposición de un sistema económico que había desplazado a la comunidad agraria por la sociedad ganadera y, finalmente, ante la desunión provocada por las ambiciones de poder de la clase dirigente. En esta etapa el pueblo estaba constituido por los productores agrícolas pequeños y medianos que comerciaban en la región del Cibao y por todos aquellos que habían sido ignorados durante el régimen trujillista: las clases trabajadoras.

Esta distinción es importante porque nos permite ver como discursivamente su visión del pueblo se aparta poco a poco de los elementos predominantemente literarios, de sus recuerdos de niño, de sus explicaciones intelectualizadas acerca de su necesidad de convertir las palabras en una espada contra las mordaces lenguas que calificaban a los campesinos de haraganes, ladrones, traidores, maliciosos e incluso asesinos, para construir una explicación *objetiva* del “ser” de su pueblo fundada en razones sociohistóricas.

Esta primera tesis indicaba que si se creía que el pueblo dominicano estaba lleno de rencores e inseguridades, si podía considerársele como un pueblo sin “vocación nacional” que había permitido la existencia de una dictadura como la de Rafael Leónidas Trujillo, se debía a que parte de dicha sociedad se había gestado “con las peores fuerzas de la historia nacional: la sangre de los invasores haitianos de 1822 con la de los ocupantes españoles de 1861”,³ planteamiento que a partir de aspectos históricos, psicológicos y biológicos trataba de diferenciar a los trujillos —es decir la parte corrompida— de un pueblo en esencia bueno. Bosch puso en evidencia la creación de una imagen intencionalmente distorsionada por el régimen para justificar sus intereses, sus

³ Juan Bosch, *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*, Caracas, s.p.i., 1961, p. 102.

excesos contra los haitianos y la exaltación de los rencores sociales para mantener desunido al pueblo. Dicha imagen impedía ver el verdadero rostro de la comunidad dominicana, la que estaba ligada al trabajo de la tierra.

Este argumento, vinculado en principio a una crítica política de la dictadura, evolucionará rápidamente y será complementado desde la historia. Bosch llegará a la conclusión de que los fracasos del pueblo dominicano eran reflejo del fracaso de aquellos que habían tratado de imponer su propio sistema de dominación sin integrar al pueblo, sin tomar en cuenta su naturaleza y características. Volvemos a encontrarnos con una visión romántica, casi roussoniana de la naturaleza del hombre, del pueblo, pero también con los orígenes rústicos de la nación dominicana.

En este retorno a las fuentes históricas Bosch introduce una variante, el sistema colonial español impuesto tras la conquista sería el responsable de la podredumbre, el atraso y el racismo predominantes en República Dominicana. Más tarde serán las ambiciones de los invasores norteamericanos las causantes de la corrupción social y de la dictadura. Su discurso se transforma, intenta rastrear y reconocer los aspectos positivos de un pasado colonial y, aunque no profundiza en ello, valora por primera vez la herencia colonial española que a través de la religión marcará su impronta. Al mismo tiempo dejará expresada la influencia de la colonia francesa, tanto por las ideas que introdujo como por los sentimientos nacionalistas que consideraba habían surgido necesariamente ante la amenaza de invasión. Con tales ideas va trazando el rostro del pueblo dominicano.

Los estudios sociohistóricos de Bosch denotan las fuertes raíces precoloniales de los dominicanos, su valor y su lucha, su ser originario. Intenta superar los rencores contra los haitianos alimentados por el nacionalismo dominicano, explicando que Haití era producto de la invasión francesa y que había surgido como nación hasta el siglo XIX, es decir, posteriormente al pueblo del que había surgido República Dominicana y que por generaciones, había dado valerosamente su vida defendiendo su tierra de todos aquellos que pretendieron adueñarse de ella. De esta forma, construye un pasado de hombres dignos, de trabajadores incansables, sujetos libres para decidir y construir su futuro.

En el fondo de toda esta elaboración teórica late el corazón del intelectual que ama a su pueblo, que ha crecido junto a él y ha sido testigo de sus costumbres y partícipe de sus carencias pero que —por su ascendencia extranjera y su natural incorporación a los círculos sociales e intelectuales a los que tenían acceso sus padres o sencillamente

por su acceso a las letras—, finalmente sólo era un observador. Ahí estaban los lazos que lo unían al pueblo, pero le faltaba construir el camino que le permitiera al pueblo identificarse con él, como lo había hecho para el caso de la literatura. Hasta ese momento sólo lo había estudiado, imaginado y recreado en su memoria.

La escritura y su proyecto político fueron la vía para llegar al pueblo; la primera como forma de hacerle saber que lo conocía, que era uno de ellos, el segundo como vía para materializar el cambio. Y dado que ni la vida ni el alma de la gente que constituye el pueblo pueden ser capturados en los libros, como intelectual Bosch tuvo que reconciliarse con él a través de sus actos. De ahí que intentara trazar una línea divisoria entre su obra literaria y sus escritos sociopolíticos, entre lo subjetivo y lo objetivo, que le atrajo tantas críticas de sus detractores.⁴ Tarea vana, pues es precisamente su estilo literario aunado a la erudición política que adquirirá con el tiempo lo que le permitió comunicarse con los campesinos, con los obreros, con aquellos que no tenían oficio y que, sin embargo, constituían la fuerza laboral que mantenía activa la economía del país. La recuperación que hizo del lenguaje para dirigirse a la gente le atrajo la atención de una parte de la sociedad dominicana y le permitió hacerse escuchar por ella, convencerla de que se adhiriera a un proyecto que comenzó por formar redes sociopolíticas para, finalmente, crear una serie de instituciones —la primera de ellas el Partido Revolucionario Dominicano como frente de oposición constituido por hombres y mujeres que creyeron en la posibilidad de construir un futuro diferente y que hoy día, unidos en el Partido de la Liberación Dominicana, siguen luchando por construir ese pueblo amante de la libertad que un día Bosch les mostró que podía existir.

Juan Bosch fue consciente de las limitaciones de su país pero también de sus potencialidades, por ello, como hombre combativo y visionario que era, se negó a aceptar pasivamente esa situación y se propuso transformarla. Vertió sus recuerdos, esperanzas e ideales, recuperó las imágenes del pueblo de su infancia, de su juventud; tomó lo mejor de los habitantes de su país y con ello creó literariamente la imagen del pueblo que podía llegar a ser (o que él imaginariamente quería que fuera). Y en lo político, compartió sus ideas, creyó en la igualdad y en

⁴ Autores como Franklin J. Franco consideran que el estilo literario de Juan Bosch era un recurso para suplir sus insuficiencias teórico-políticas, por mi parte creo que en realidad es una de sus fortalezas porque a través de un lenguaje sencillo y coloquial incorpora ejemplos en los que puede reflejarse el autor y hacer más fácilmente asimilables sus propuestas e ideas; véase Franklin J. Franco, *Historia de las ideas políticas en la República Dominicana*, Santo Domingo, Editora Nacional, 1989.

la capacidad de su gente para comprender sus palabras, para compartir sus sueños, para dejarse guiar en la construcción conjunta de un futuro mejor.

Bosch se enfrentó a su presente con las armas de la historia. Dejó atrás el pasado para construir una nueva identidad libre de fantasmas, su propia búsqueda de identidad proyectada como búsqueda de identidad del pueblo del que formaba parte. Necesidad personal de un dominicano de primera generación cuya ascendencia catalano-puertorriqueña bien podía encarnar una parte de la historia de su país, e incluso del Caribe. Aquel niño de piel blanca y ojos azules, que asistía por igual a tertulias intelectuales y a las casas de los campesinos con los que mercaba su padre, fue un espectador que tempranamente tomó conciencia de sí mismo y se enfrentó a la pregunta: ¿quién soy? La búsqueda de sí mismo lo llevó a darse cuenta de la profundidad de sus raíces, tomó lo mejor de los mundos de los que era heredero y se planteó encontrar su lugar, que no era otro que el de esa tierra llamada República Dominicana.

Concibió al pueblo como un espejo y al igual que Narciso se enamoró de la imagen que éste le devolvió, la de un hombre amante de su patria, curtido en el trabajo y acostumbrado a la lucha cotidiana. Alguna vez Luis XIV dijo “L’État c’est moi”, frase con la que buscaba dar a entender de manera absolutista que él encarnaba los poderes del Estado. Parafraseando al Rey Sol francés, Bosch muy bien podría haber dicho: “El pueblo soy yo”.

RESUMEN

El presente artículo analiza la idea de pueblo en la obra de Juan Bosch; idea que se construye a partir de dos vertientes: la imaginaria, que elabora a partir de sus impresiones personales y que se vislumbra en su obra literaria; y, la histórico-social, que comprende el estudio de la realidad y la composición social en República Dominicana a lo largo de la historia, presente en sus escritos sociopolíticos. Visiones que se engarzan con la realidad a través de un proyecto político, cuyo eje principal es el pueblo dominicano. Pueblo que constituye una proyección de su propia identidad.

Palabras clave: pueblo, imaginario, historia, identidad.

ABSTRACT

The following paper explores Juan Bosch's concept of community. Bosch's idea is constructed from two main perspectives: First, Bosch's imaginary ideals that are based on his personal experiences, and are revealed in his literary work. Second, the socio-historical view that comprises the study of the reality and the social composition of the Dominican Republic across its history, which is present in Bosch's socio-political writing. Both visions are intertwined with reality through his political project, that have the Dominican people are at the core. In his writings the people become a projection of his own identity.

Key words: People, imaginary, history, identity.